

## LA LEYENDA DE



## LA POSADA DEL DIABLO

Durante un viaje desde Cádiz a Vigo acompañando a un camión que transportaba dos embarcaciones fabricadas en mi empresa, por causa de las dimensiones especiales tuvimos que hacer un recorrido alternativo a la salida de Tordesillas a causa de un puente cuya altura no permitía el paso del vehículo con su carga.

A unos 25 kilómetros de León tuvimos que parar a causa de un fallo en el motor y tuvimos que hospedarnos durante dos días en una venta a las afueras del pueblo de Mayorga.

Durante las cuatro comidas que realizamos en la venta se sentó junto a nosotros un viejo sin dientes que por unos tragos de vino nos contó una historia de aldeanos y truhanes con la participación del mismísimo Satanás y señalando unas ruinas que se divisaban a lo lejos nos dijo que allí fue donde ocurrió lo que nos estaba contando que aquello en su día fue La Posada Dorada pero que a causa de los hechos que relataba todo el mundo la conocía como La Posada del Diablo.

No es que en ese momento prestara mucha atención a la historia pero por Navidades y a causa de una tremenda afonía estuve una semana en el hospital en cuya habitación me aburría solemnemente y fue entonces cuando me decidí a darle forma de cuento a aquella rocambolesca historia sin pies ni cabeza que el viejo nos contó entre trago y trago.

Con el alta médica abandoné el hospital y el cuento que fue a parar al archivo del armario. Hoy he decidido que que es una buena historia para completar mi libro.

## CAPITULO I

### LA POSADA



Cuando en la batalla de Lepanto la Nave del Almirante de Don Juan de Austria está a punto de caer en manos de los turcos llegó en su ayuda Don Alvaro de Bazán con varias galeras y entre los doscientos soldados de refuerzo que saltaron a la nave capitana se encontraba Lorenzo Villega que luchaba ferozmente contra los otomanos al lado de un oficial, que en medio del combate cayó muerto a su lado.

Lorenzo se dio cuenta de la delicada situación de sus compañeros al quedarse sin mando y poniéndose la casaca y el gorro del oficial actuó como tal sin que en el fragor del combate fuese advertida su pérdida.

Fue tal su entrega en la lucha que se olvidó de despojarse de las prendas al final de la misma, por lo que el hecho fue conocido hasta por el mismísimo Don Alvaro de Bazán, a bordo de cuya nave regresó a España.

Durante el viaje Don Alvaro le prometió que intercedería ante el Emperador para que su acción fuera recompensada. Lorenzo le dijo que no pensaba en ninguna

recompensa cuando tomó esa decisión, que solo pensó en la suerte de sus compañeros al quedarse sin mando en plena batalla; pero que puestas así las cosas si había una cosa con la que siempre había soñado.

Don Alvaro se interesó por ello y Lorenzo le dijo:

- Pertenezco a una familia pobre con catorce bocas que alimentar y en la que muchos días no hay comida para todos y sin embargo en el camino entre Valladolid y León y a seis leguas de esta capital existen unas ruinas donde peregrinos y caminantes se detienen para reponer fuerzas antes de la última etapa para llegar a la Capital.

- Tan solo son cuatro paredes de piedras, un torreón en una esquina y un tejado medio derruido que solo dan un poco de resguardo al caminante pero las paredes son muy altas y con las piedras que sobran se podría acondicionar una posada que además de cobijar dignamente a la gente, daría sustento a mi familia, pues las tierras que las rodean son muy fértiles y aunque nunca han sido trabajadas sabríamos sacarlas provecho, no en vano somos campesinos.

- En cuanto a la propiedad no puedo prometerte nada, respondió Don Alvaro, solo que lo haré saber al Emperador pero cuando llegemos a España te daré un escrito para que podáis aprovechar las ruinas y trabajar las tierras tu y tu familia.

Don Alvaro no sólo cumplió la promesa sino que además añadió una bula de tributos tanto Monárquicos como Eclesiásticos, le entregó una bolsa con cincuenta ducados de oro y puso a su disposición seis infantes con la soldada de un año pagada para que le ayudaran a acondicionar las ruinas.

Cuando Lorenzo llegó a su casa, por llamar de alguna forma a aquella construcción de piedras, ramas, paja y barro, con sus seis compañeros relataron lo acontecido y

ante el alboroto general se organizó un festejo que duró hasta el día siguiente y en el que se consumió toda la comida y bebida que habían comprado en Valladolid.

Las ruinas pertenecían a una especie de fortín de un alto mando militar árabe que con delirios de grandeza pero escasos recursos económicos se había construido en tiempos de la dominación Musulmana, pero que ni siquiera tuvo tiempo de acabar ya que la reconquista del Reino de León por los Cristianos le obligó a abandonarlo precipitadamente.

Era una construcción rectangular con un altísimo muro exterior rematado en su parte superior con una pared muy estrecha coronada por puntas de flecha, lanzas, espadas dagas y demás armas de corte, encajadas entre las piedras y aseguradas con masa de arcilla y paja.

En el interior otro muro a seis metros de distancia y diez metros más bajo que rodeaba un amplio patio, y entre los dos muros un tejado que actualmente solo cubría la quinta parte del total. El muro exterior no tenía ninguna abertura excepto una entrada semienterrada que seguramente estaba preparada para un rápido cierre en caso de ataque.

Entre estos dos muros debieron estar los aposentos y todos los accesos a ellos estaban en el interior del patio. Estaba claro que la construcción estaba pensada para resistir un largo asedio ya que tomarla por asalto tal y como fue concebida era prácticamente imposible, la pendiente de la ladera del monte no permitía acercarse ninguna torre de asalto y los quince metros de altura resultaban un gran escollo para escalarlo.

Por otro lado al llegar a lo alto se encontrarían con una trampa de afiladas armas y sin sitio para apoyarse y además un insalvable desnivel de diez metros hasta la base más cercana, el techo de los aposentos. Estaba claro que el dueño del fortín era un

perfecto conocedor de las artes de la guerra y que su posición económica solo le permitía mantener a su familia y un grupo muy reducido de gente armada.

En una esquina del rectángulo se alzaba un torreón más inexpugnable si cabe que el resto de la construcción, al que solo se podía acceder desde el interior. Pero en la actualidad solo quedaban las piedras ya que para el Reino de León no tenía ningún valor estratégico ni categoría para ningún noble, por lo que los distintos saqueos de las tropas cristianas que pasaban por sus cercanías lo habían dejado en este estado.

Sin embargo hoy tenía muchas posibilidades de ser convertido en una rentable posada, pues entre las peregrinaciones al Apóstol Santiago y estar en la ruta entre Valladolid y León a seis leguas de esta última raro sería el día que no estuviera llena de caminantes dispuestos a reponer fuerzas antes de la última etapa.

Lorenzo y sus camaradas se dedicaron en primer lugar a derribar la parte alta del muro exterior dejando únicamente una altura de dos metros por encima del trozo de tejado medio derruido que aún quedaba, con ello obtuvieron las piedras necesarias para reconstruir el interior.

En una primera fase dejaron tal y como estaba la parte techada para que los caminantes tuvieran refugio mientras realizaban el acondicionamiento del resto y así ocho meses mas tarde tres cuartas partes de la posada estaban exteriormente acabadas aunque el interior aún estaba vacío, pero ya podía cobijar a los peregrinos de las inclemencias de la intemperie.

Seguidamente repararon el techo que había resistido en pie y los desperfectos del torreón, de tal forma que al término de un año, tiempo que Don Alvaro le había cedido los infantiles gratuitamente, todos los exteriores de la nueva posada estaban terminados y en el interior se habían colocado a media altura entre los dos muros

vigas de pino que más adelante servirían de apoyo para el suelo de una segunda planta.

Cuatro de los infantes regresaron a la milicia y los otros dos que ya podían disponer de la licencia se quedaron con Lorenzo y más tarde casaron con sus dos hermanas pasando a formar parte de la familia.

Después de esto su primera tarea fue habilitar un lateral del edificio como cocina en el otro y despensa en la parte baja y la vivienda propia en la parte alta. A partir de entonces las mujeres de la familia se dedicaron a atender a los clientes y los hombres a terminar la posada y a cultivar las tierras y cuidar los corrales.

Cinco años después la posada estaba totalmente terminada, en los laterales contiguos a la vivienda propia se instalaron salas y habitaciones en dos estilos diferentes, a la derecha para nobles y caballeros y en la izquierda para plebeyos; enfrente la entrada principal que dividía en dos la fachada, a un lado las caballerizas y al otro una estancia vacía con dos pisos donde los mas menesterosos podía pernoctar gratuitamente tal y como figuraba en la Bula Eclesiástica.

La mayoría de las necesidades de la posada se cubrían con los productos propios del campo y los corrales y un abacero de León les traía el resto como, harina, vino, aceite y otros. Como el negocio funcionaba espléndidamente fue bautizado como la Posada Dorada, nombre debido también al reflejo del sol en sus piedras al atardecer.

## CAPITULO II

### EL DIABLO



En la antigüedad el Diablo tal y como lo conocemos no tenía ninguna necesidad de subir hasta la tierra para reclutar almas con las que llenar sus dominios, ya que la cantidad de idólatras y paganos era tal que acudían solos a adorarle.

Con la aparición del Cristianismo la cosa cambió pero seguía teniendo a su favor el hecho de que la ruta del Infierno era un camino llano repleto de flores y placeres, mientras que los descendientes de los Apóstoles habían sembrado el camino del Cielo de obstáculos, espinas y sufrimientos, y así las cosas en las profundidades del Averno seguían con el cartel de "Completo".

Pero últimamente desde la “Comunidad Cristiana” de la península Ibérica la afluencia había descendido notablemente y ello se debía a que en su lucha contra los infieles los soldados de la cruz podían tomar un atajo por el que evitar el tortuoso camino que



conduce al Cielo y si además morían en combate contra los infieles el acceso era directo.

Por otro lado las arcas de la Iglesia en tierras Hispánicas estaban bajo mínimos y ello era debido a que las guerras contra los moros eran muy costosas y los impuestos de los Reyes dejaban muy escaso margen para que los fieles pudieran pagar Diezmos y Primicias a la Santa Iglesia.

Entonces los Obispos recurrieron a la solución de las Bulas que se otorgaron, previo pago claro, por todos los conceptos por lo que los fieles encontraron una forma fácil de allanar el camino al Cielo y la Iglesia de reflotar su maltrecha economía y en estas condiciones las ventajas de Satanás quedaban anuladas para los cristianos ibéricos.

No es que al diablo le hicieran falta las pocas almas que este pequeño pueblo le podía deparar, apenas si se notaba comparado con el resto del universo, pero el orgullo es el orgullo y no podía permitirse este fracaso por pequeño que fuera.

Así que Lucifer reunió a sus ayudantes más diabólicos y les envió a Iberia con la misión de combatir a las legiones de Cristo y rescatar la mayor cantidad de almas posible para su Reino.

Pero pasaban los años y las almas procedentes de Iberia seguían entrando en cantidades irrisorias hasta tal punto que Satanás no pudo reprimir por más tiempo tanta humillación y retirando sus legiones de la faz de la Península decidió encargarse personalmente de la tarea.

Subió a la superficie con un reducido séquito de almas en pena y tomaron forma humana transformándose en un pequeño pelotón de gente armada al frente de la cual iba el mismo Satanás convertido en caballero armado con el nombre de Marqués del Algarve, ya que en esos tiempos esa región Portuguesa era prácticamente

desconocida en la España Cristiana.

De esta forma recorrió la península con suerte alternativa pero con más fracasos que éxitos por lo que pronto pensó que en zonas cercanas a los frentes de batalla sus triunfos iban a ser siempre escasos y decidió marchar a la retaguardia, a tierras consolidadas por las tropas cristianas donde no se combatía y la milicia era más reducida con lo que la lista de las almas que tenían acceso directo al Cielo o por el atajo de la milicia era mínima.

En estas circunstancias eligió el Reino de León por dos motivos. La Iglesia de aquellos tiempos había construido una autopista junto al tenebroso camino del cielo para que la Nobleza pudiera transitar por ella y esta la mantenía económicamente por propia conveniencia y esto motivó la restricción de la concesión de Bulas a las de Cuaresma y Navidad.

El segundo motivo es que la desmovilización de las gentes de armas creó un notable aumento de los menesterosos ya que estos dejaron de ser mantenidos y el hecho de no cobrar la soldada provocó que muchísima gente tuviera que subsistir de la mendicidad y el pillaje.

En el primer caso a Satanás no le iba a resultar difícil hacer confundir a la Nobleza la autopista del Cielo con el camino de rosas del infierno y en el segundo caso, la tarea de tentar a un pillo o menesteroso no era trabajo para él y de ello se encargaría su séquito.

Tras unos años de relativo éxito quiso tomarse un descanso y se retiró fuera de la ciudad de León y en el camino se detuvo en la Posada Dorada en un día en que estaba a tope y el ambiente le gustó, tranquilidad por el día y bullicio por la noche, era lo que necesitaba, pero al no haber alojamiento le dijo a Lorenzo.

- Posadero dentro de una semana volveré y para entonces quiero que en la parte alta del torreón se encuentre una alcoba digna de mi Linaje, voy a quedarme una larga temporada.

Y diciendo esto dejó una bolsa llena de ducados de oro y se esfumó.

A la mañana siguiente Lorenzo y su cuñado montaron en la carreta y marcharon a León donde compraron una cama, cortinas y los muebles necesarios para transformar el torreón en una estancia digna de la más alta nobleza.

Una semana más tarde regresó el Marqués del Algarve que quedó muy contento con su nueva morada y se instaló en ella. En los días siguientes pudo comprobar que sin gran esfuerzo podía además de descansar aprovechar su estancia en la posada, para sin mucho esfuerzo, llevarse alguna que otra alma a su Reino.

En la Posada Dorada raro era el día que la noche no terminaba en pendencia entre caballeros de mayor o menor alcurnia, cuyo motivo siempre era el juego o el exceso de vino y este era terreno apropiado para que Satanás se cobrara sus bazas con relativa facilidad, pues era bien sabido que en un duelo tanto el vencedor como el vencido iban de cabeza al infierno siempre que el motivo no fuese la defensa de la Iglesia o del Rey y sus Nobles.

Por otra parte entre los caminantes existía la leyenda de que la posada había sido para algunos el lugar donde se encontraron de una forma u otra con la Diosa Fortuna por lo que no sería muy difícil embaucarles.

Y por último los peregrinos de Santiago eran propensos a creer en milagros y Satanás es precisamente un lince en el arte de crear falsos milagros.



### **CAPITULO III**



#### **RUFINO**

A siete Leguas de la Posada Dorada pero en dirección a Valladolid existe una pequeña aldea en cuyas afueras se alza una casa de aspecto pobre construida en piedra situada en el borde de un pequeño prado con la mitad de tierra de pasto y la otra mitad de cultivo. En la parte lateral de la casa en un cobertizo de madera con techo de paja y barro conviven gallinas, conejos, dos cabras, dos ovejas, una cerda preñada y un burro.

En esa casa vive Rufino, un rústico campesino de cuarenta y ocho años con su esposa y sus dos hijos, cuya única preocupación es la de comer él y su familia todos los días, que el tiempo se porte bien con sus animales y su cosecha, y sobre todo vender en el pueblo algunos productos para reunir los reales que el conde pasa a recoger periódicamente por arrendamiento de sus tierras y de vez en cuando llevar alguna gallina o conejo al canónigo de la Ermita de la aldea.

La mujer, Rosario, se encarga de la casa y el corral y Rufino y sus hijos, Tadeo y

Celestino, del campo con la ayuda de Rumboso el burro que unas veces tiraba del arado para arar la tierra y otras veces cargaba con las alforjas para diversos usos.

Pero los años no pasan en vano y hacía ya tiempo que con el arado tanto Celestino como Tadeo tenían que ayudarlo cuando la tierra se endurecía por falta de lluvia y como aquel invierno fue especialmente duro al llegar la Primavera Rumboso solo servía para mantener el arado en su posición y los dos jóvenes, uno por cada lado, eran los que realmente tiraban del mismo.

Como Rufino era de "la hermandad del puño cerrado" y no estaba dispuesto a gastar los dineros ahorrados en la compra de otro animal, sus hijos le dijeron que no pensaban seguir haciendo de burro tirando del arado.

Rufino, cuyos conocimientos sólo alcanzaban a contar con los dedos, a interpretar los cambios del tiempo y a saber encajar en el tiempo las épocas de siembra, reaccionó como un patán.

- Buen, bueno..., ¡Allá vosotros!... Si no hay trabajo no hay comida, vosotros veréis lo que os conviene.

- Pues si no cocino para mis hijos no cocino para nadie, intervino Rosa, desde luego Rufo eres más animal que el mismísimo Rumboso, piensa que tarde o temprano tendrás que comprar otro animal y que cuando mas tardes más problemas vas a tener porque si cualquier día de estos se tumba el burro ¿quién va a sostener el arado mientras encuentras otro?

Rufo, que así le llamaremos en adelante, salió de la casa y empezó a dar vueltas por el campo lo mismo que hacía cada vez que tenía que resolver un problema y así continuó hasta que su mollera empezaba a echar humo sin encontrar la solución que a

él le hubiera gustado, o sea sin gastar ni un solo real.

Cuando volvió a la casa su rostro reflejaba el semblante abatido del perdedor de la batalla y se sentó en una silla, apoyo los codos en la mesa y escondió su cara entre las manos sin decir una sola palabra.

- Padre dentro de dos meses recogeremos los cereales y la tierra estará demasiado dura para ararla sin el burro, se atrevió a decirle Celestino.

- Rumboso no aguantará hasta entonces, añadió Tadeo.

- ¡Dejadle hijos míos! que este no suelta los dineros aunque tenga que ponerse él en lugar del burro, dijo Rosa..., Aunque yo creo que realmente no íbamos a notar mucho la diferencia.

- ¡Ya está bien!, Exclamó furioso Rufo, compraremos otro animal pero será cuando Rumboso se tumbé..., ¡Dejadme en paz de una maldita vez!

Dado el cariz que estaba tomando el asunto decidieron no replicarle y encomendarse al Cielo para que Rumboso se tumbase antes de llegar la época de siembra y Rufo comprase otro animal a tiempo.

Pasaba el tiempo y Rumboso no iba hacia delante ni hacia atrás, quedaba poco tiempo par empezar la siembra y seguían sin prepara la tierra. Hasta que un día estalló la tragedia, Tadeo y Celestino comentaron que si en una semana no se compraba un animal ellos se marcharían de casa a trabajar para otro patrón.

Rosa supo desde aquel momento que el peligro de que la familia se dispersara era real porque su a Rufo no le iba a hacer cambiar de opinión ninguna amenaza y sus hijos habían tomado una decisión que no tenía marcha atrás.

Trabajar en tan duras condiciones habían dotado a la mujer de un fuerte carácter a la hora de tomar decisiones por lo que a sabiendas de que Rumboso tenía el fin próximo y que mantenerse en pie era la causa de todo el problema decidió cortar por lo sano.

Esa misma noche mientras todos dormían se levantó en silencio salió de la casa cogió una piedra del patio más gruesa que su puño y se encaminó al corral, entró en él y levantando la cola del burro le introdujo la piedra en el intestino tan profunda como pudo. El animal estaba tan viejo que ni siquiera hizo el menor gesto de protesta a pesar del dolor que evidentemente le produjo la acción.

Tres días después Rufo entró en el corral para coger un conejo y llevárselo al Canónigo y se encontró a Rumboso tumbado en el suelo con evidentes signos de haber pasado a mejor vida. No hizo el menor comentario, simplemente llamó a su mujer y a sus hijos y entre todos lo cargaron en la carreta y lo arrastraron hasta el bosque donde lo dejaron para alimento de los carroñeros.

A la mañana siguiente Rufo cogió un saco con dos conejos y una bolsa con dineros y bajó a la aldea sin desayunar ni pronunciar palabra alguna, estaba claro que había llegado el momento de soltar los reales para comprar otro animal y eso era el peor de los malos tragos por los que había tenido que pasar hasta el punto que perdió las ganas de hablar y de comer; de esto último Rosa ya ni se acordaba de cuando era la última vez que le ocurrió.

Llegó la noche y apareció Rufo sin animal y con peor carácter del que marchó. No dijo nada, se quitó las abarcas y se metió en la cama vestido y sin cenar.

Cuando Rosa terminó con sus tareas diarias se metió en la cama y no se atrevió a preguntar nada, sabía que en aquellas circunstancias era mejor esperar al día siguiente



y así lo hizo.

Cuando la mujer se levanta por la mañana deja la puerta de la alcoba entreabierta, ella sabe que hay una cosa contra la que Rufo no puede luchar..., Su estómago vacío, y como seguramente ayer no probaría bocado, el olor de la cocina le haría reaccionar.

Así que lo primero que hizo fue preparar un succulento desayuno con leche, queso, pan tostado huevos y tocino y lonchas de pernil fritos. Efectivamente el efecto fue fulminante y antes de que terminara de preparar la mesa ya estaba Rufo sentado en ella devorando aquellos manjares.

Rosa había preparado el desayuno para los cuatro pero cuando los hijos se sentaron a la mesa Rufo había terminado con todo, y tuvo que empezar de nuevo en la cocina para preparar algo para los demás. Con el estómago lleno a Rufo le cambió el talante y empezó a hablar, aunque no se le entendía mucho porque lo hacía con la boca llena ya que seguía picando de lo que Rosa iba poniendo sobre la mesa.

- ¡Ya está bien!..., ¡Qué vas a reventar!, Terció la mujer, Deja de tragar y dinos que es lo que pasó ayer para que volvieras a casa con esa cara de vinagre.

Rufo terminó de rumiar el bocado que tenía en la boca y aclaró.

- Estuve en dos aldeas y nadie quiere vender sus animales a ningún precio..., Bueno si pusieron precio pero parecía que además del animal me quisieran vender la carreta y a la parienta.

- Es que todos van a ir a la Feria de León, dijo después de tomar un respiro e intentar llevarse otro trozo de tocino que no alcanzó porque Tadeo fue más rápido..., No es que piensen que allí van a sacar mucho mas dineros pero es que si venden ahora

luego no tendrán excusa para ir a León y pasar unos días lejos de la parienta y la familia para poder hacer lo que les venga en gana.

- Pues muy bien! ¡ Tú también vas a ir a León, replico Rosa.

- Mujer tú no estás bien de la mollera, le contestó Rufo, yo no tengo animales para vender..., ¡Cómo no te lleve a ti!

- Pues mira no es mala idea, pero de acompañante, porque con lo burro que eres sacaríamos muchos mas dineros si te pusieras tú en venta, añadió la mujer, es que a zoquete no hay quién te gane..., Tú no vas a ir a vender, vas a ir a comprar y lo vas a hacer de la manera que yo te diga.

- Llegas el último día de Feria por la mañana temprano, te das una vuelta por ella y eliges cuatro o cinco animales y preguntas el precio, luego pones cara de asombro y ofreces la mitad y como no aceptarán te marchas.

- A medio día vuelves a pasar y a los que todavía no hayan vendido les preguntas si se lo han pensado y como te dirán que no te vuelves a marchar.

- A última hora de la tarde recorres la Feria otra vez y de los que no hayan conseguido vender su mercancía eliges el que más te guste y le regateas el precio que seguro que aceptará antes que volver a su casa de vacío.

- Piensa que al principio todos piden algo más de lo que vale su animal para sacar unos realillos para sus gastos que cuando salís de casa todos sois unos "pilinguis" que solo estáis pensando en correr una juerguecita.

- Tienes mucha razón mujer, aprobó Rufo, voy a ir a León y voy a comprar un buen jamelgo y me voy a ahorrar un montón de reales.

## **CAPITULO IV**



### **LA POSADA DEL DIABLO**

En el capítulo II habíamos dejada al Marqués del Algarve en la Posada Dorada, descansando durante el día y haciendo de las suyas por las noches. Su diversión favorita consistía en entablar conversación con algún caballero con síntomas de haber tomado mucho vino para luego cambiar de compañía y provocar una pelea de cuyo resultado enviaría cuando menos un alma a los abismos.

Otra de sus andanzas consistía en vestirse de canónigo estigmatizado por la gracia Divina y mezclarse entre los peregrinos y menesterosos, de esta guisa siempre encontraba algún incauto al que arrebatar su alma a cambio de milagrosos portentos para él y su familia.

Por supuesto que no repetía esto todas las noches, Satanás es de todo menos tonto, ni utilizaba siempre su condición de marqués para sus fechorías por lo que nadie sospechaba de él, pero empezó a correrse el rumor de que en aquella posada ocurrían

cosas extrañas.

Pero teniendo en cuenta que cada noche pernoctaban en la posada más de cuarenta personas distintas nadie se quedaba con la referencia del día anterior y además era lógico que bajo los efectos del vino surgiera alguna que otra camorra, y alucinaciones entre los menesterosos por la debilidad de sus cuerpos y sus mentes.

Pero aun así nadie quería reconocer su error después de la resaca o de haber saciado su apetito por lo que unos y otros achacaban sus desvaríos a ..., ¡Cosas del mismo Diablo!.

Y así fue como con el tiempo cordialmente la Posada Dorada fue conocida por el populacho como la Posada del Diablo, aunque ello lejos de amedrentar a los caminantes despertaba curiosidad hasta el punto que muchos decidían parar en ella a pesar de que disponían de tiempo para llegar directamente a León.

Para sus andanzas el Marqués del Algarve nunca utilizó esta identidad pues dada su condición de “Angel del Infierno” podía transformarse en cualquier personaje desde él más menesteroso hasta un Rey o sus nobles y desde el caballero mas viril hasta la más hermosa de las damas ávida de aventuras eróticas.

Pero Satanás era cauteloso y nunca usó la identidad de ningún personaje que pudiera ser reconocido para no delatar su verdadera personalidad y además su ausencia o presencia del marqués en la posada siempre estaba justificada, y sobre todo su larga estancia en la posada alegando que sufría un destierro voluntario como penitencia por algunos desmanes cometidos por sus huéspedes en la ultima batalla librada.

Pero la rutina cansa hasta el mismísimo Diablo y empezó a pensar en algo más atractivo que le aportara una sensación gratificante por una tarea bien realizada después de una verdadera resistencia por parte de la víctima.

Dejemos al marqués con sus quebraderos de mollera y volvamos a la casa de Rufino..., Perdón Rufo, donde le habíamos dejado aceptando la idea de su mujer de acercarse a la Feria de León para comprar un animal que tirase de la carreta y las labores del campo.

Pero doce leguas es mucha distancia para recorrerlas en un solo día y dormir a la intemperie era muy peligroso por temor a las alimañas y a los ladrones.

- Creo que de ahora en adelante te pediré consejo en todos los temas de dineros, comento Rufo dirigiéndose a su mujer..., Me has demostrado que sabes mirar por la bolsa y eso para mí es el primer mandamiento de la familia.

- Pero, siguió diciendo, hay una cosa que tenemos que pensar muy bien y es donde esconder la bolsa de los dineros durante el viaje porque si me asaltan en el camino y me muelen a palos eso tiene cura y lo soporto; en cambio si me quitan la bolsa y me quedo sin animal y sin dineros no vuelvo a casa.

-. Piensa mujer, piensa..., ¿Qué es lo único que no me quitarían los ladrones en caso de robo?

- Los ladrones lo primero que buscan son los dineros, respondió Rosa, y si no encuentra aparte de los palos te quitan la comida y la ropa.

- ¿Toda?, Preguntó Rufo.

- Hombre las calzas no creo porque entre que te cambias cada dos semanas y te lavas una vez al mes cuando lleguen ahí no creo que se atrevan, tengo entendido que son gente sin escrúpulos pero tanto....

Rufo no se molestó por el comentario de su mujer, entre otras cosas porque algo de razón tenía, y respondió.

- Cada vez estoy mas convencido que tienes mas mollera que todos nosotros juntos, añadió Rufo, y si no te doy un beso es porque tengo toda la cara llena de pringue de la comida, los dineros los llevaré en las calzas.

- Pues por la distancia no te preocupes padre, se atrevió a decir Celestino, he oído en la aldea que a mitad de camino hay una posada para poder cenar y pasar la noche a cubierto.

- Eso es..., Habló el listillo, dijo Rufo, encima que voy a gastarme los dineros para comprar un animal queréis que duerma y coma en una posada..., ¿Os creéis que soy el Conde?

- No padre, intervino Tadeo, no hace falta que gastes ni un solo real, en esa posada hay un cobertizo donde los peregrinos pueden pernoctar gratis aunque no será tan cómodo como en una alcoba y la compañía tampoco será muy grata.

-. No es preocupéis por eso, intervino la madre, vuestro padre con tal de ahorrarse un real es capaz de dormir con los cerdos.

- No me calientes mujer dijo Rufo riendo, que si tratas picarme a lo mejor te respondo que también duermo a tu lado.

Y dicho lo cual salió corriendo de la casa porque Rosa había cogido una sartén por el mango con la sana intención de estamparla en su cabeza.

- Bueno... Mejor así, hubiese sido una lástima abollar una sartén tan nueva, intervino Tadeo que también salió corriendo por si las moscas.

Por aquel entonces eran muchos los peregrinos que pasaban por la aldea con destino a Santiago antes de que el frío del Otoño, la lluvia o las primeras nieves hicieran intransitables los caminos por lo que pensó que sería una buena idea hacer el viaje con alguno de ellos.

Ni corto ni perezoso cogió un conejo y una gallina y se fue a la Ermita y se las entregó al canónigo pidiéndole que le dejara un hábito y un cayado para ir en peregrinación a Santiago era una mentirijilla que a la vuelta ya justificaría.

El canónigo conociendo a Rufo no estaba muy convencido de que realmente esos fueran sus propósitos pero una semana con un buen caldo de gallina y un guisado de conejo para dos o tres días no era cuestión de ponerse a cavilar sobre sus verdaderas intenciones.

Una semana después Rufo estaba preparado para el viaje, con los reales cosidos en un doble forro de la entrepierna de las calzas más viejas que tenía, un talego con algo de comer y los hábitos que le había prestado el monje.

Así que unos días antes de empezar la Feria se unió a dos peregrinos que la noche anterior pernoctaron en la aldea para reponer fuerzas y se echó al camino.

Aquel día Rufo ayunó y no por penitencia sino por temor a que si abría el talego tendría que repartir la pitanza con sus acompañantes. Ellos si comieron un poco de pan, chorizo y queso y ofrecieron compartirlo, pero entonces Rufo se sintió avergonzado por su acción pero como ya no podría echar marcha atrás se excusó diciendo que lo del ayuno era una penitencia.

Después del descanso para el refrigerio Rufo notó que al echar a andar las ingles le escocían bastante y pensó que sería a causa del bulto de los dineros en las calzas que le rozaba la entrepierna, así que se inventó otra excusa para que se adelantaran mientras él buscaría algún remedio para poder seguir y se sentó al borde del camino a la espera de acontecimientos.

Pasado un tiempo se levantó y se puso a caminar muy despacio. Por suerte para él una hora más tarde pasó por el lugar una carreta y el carretero al ver la forma de andar de Rufo pensó en algún defecto físico y sin pedirle ninguna explicación le invitó a subir a su carreta.

El descanso le vino muy bien y dos leguas después se apeó porque la carreta tomaba otro camino. Como el escozor le seguía molestando al caminar buscó salvia silvestre en el campo y cogiendo unas hojas se las colocó entre la piel irritada y las calzas y así pudo recorrer la última legua que le separaba de la posada mas cómodamente aunque de forma tan pausada que llegó a la misma cuando el sol se escondía tras los árboles.

La vista de la posada trajo a su imaginación uno de esos castillos que nunca había visto, pero no se dejó influenciar por las apariencias. Sabía que en el recinto del interior en el que iba a pernoctar estaría más cerca de su corral que de un suntuoso palacio.

Por precaución comió algo antes de entrar fuera de las miradas curiosas, y luego pasó al interior donde pronto encontró a sus dos compañeros de viaje. Con ellos se dirigió al lugar donde iba a pasar la noche que en principio le pareció horrible, pero los dineros son los dineros y por una vez se aguantaría, el espacio era grande y solo había siete ocupantes.



Conforme iba avanzando la tarde fueron llegando más visitas y al caer la noche había tanta gente que pensó que tendría que dormir de pié. Y para rematar la situación llegó una carreta con una monja, un clérigo y doce tullidos; la monja y el clérigo se hospedaron en las habitaciones de la posada pero antes metieron a los tullidos en el cobertizo al lado de Rufo y eso fue la gota que rebosa el vaso.

Rufo se había guardado cuatro reales en el bolsillo del calzón, no con idea de gastarlos sino por si le asaltaban que se llevaran algo de dineros y la paliza no fuese tan grande que le dejasen tullido por una larga temporada. Entonces pensó que ya que no lo habían asaltado podría gastarlos en una habitación para los días que aun faltaban para marchar a León.

La mujer de Lorenzo que ese día ejercía de posadera casi se desternilla de risa al oír la propuesta de Rufo que se alejó del mostrador avergonzado al ver que todas las miradas se volvieron hacia él, pero después la mujer pensó que cuatro reales eran cuatro reales y como el pinche de cocina estaba con su marido en la Feria de León le llamó y le dijo en tono de sorna.

- ¡Esperad un momento!,... Mi risa de antes era porque por estas fechas todas las habitaciones están ocupadas, pero ahora que lo pienso creo que tengo una libre muy adecuada para vuesa merced, dame los cuatro reales y seguidme.

- La estancia esta al fondo del patio saliendo a la derecha, eso sí hasta que vuelva mi marido andamos escasos de viandas y la comida la tendréis que conseguir por vuestra cuenta, de verdad que lo lamento.

En realidad tal habitación no existía como ya habrán adivinado, se trataba de un cuartucho al lado del establo con un jergón de paja. Sea como fuera a Rufo solo le importaba tener un lugar donde cobijarse lejos de aquella muchedumbre de

menesterosos sin gastar más dineros de los cuatro reales.

Los caballeros que estaban en las mesas se dieron cuenta de la broma de la posadera y de la candidez de Rufo, así que se dedicaron a pasar un rato de chanza a su costa y a fe que lo consiguieron y al mismo tiempo que le hicieron agarrar una buena cogorza.

No sé si Rufo supo alguna vez cual era su mano derecha y cual la izquierda, pero eso era lo de menos porque en ese estado le hubiera dado lo mismo y como es natural en estos casos de las dos opciones eligió la equivocada y se dirigió al torreón y al abrir la puerta maldijo a aquel que se le ocurrió colocar una habitación en un piso alto.

En su estado tuvo que subir la escalera de espaldas y apoyando el trasero en cada escalón y cuando llegó arriba no advirtió nada de lo que le rodeaba, a tientas encontró la cama y se tumbó en ella tan ebrio que cuando cayó en ella, estaba profundamente dormido.

Momentos antes de que Rufo entrara en el aposento el marqués estaba sentado en su escritorio trazando el perfil de una víctima con la que tuviera que vérselas en condiciones desfavorables para él llegando a la conclusión de que esta tenía que estar en uno de los dos extremos del linaje humano; o una virtuosa dama de la alta nobleza que lo poseyera todo excepto el título de Reina, o un patán de corazón noble, inculto y sin más aspiraciones que la supervivencia familiar.

En este pensamiento estaba cuando Rufo irrumpió en la alcoba con evidentes síntomas de embriaguez.

El marqués presenció la escena sin un solo gesto que delatara su presencia y una vez que los ronquidos del visitante evidenciaron que ni los truenos de una tormenta los despertarían se levantó y se acercó a él escudriñándole con la visionaria mirada del

Príncipe de las Tinieblas.

- Campesino, patán, necio hasta lo inimaginable, pensó para sí Satanás..., Noblote, sin más aspiraciones que comprar un animal para trabajar sus tierras y tan precavido que lleva el dinero cosido a la entrepierna de las calzas..., Siguió reflexionando en voz baja..., ¡He aquí a mi futura víctima!

Y dicho esto abandonó la estancia dejando a Rufo que durmiera plácidamente la borrachera y bajó al salón. Allí estuvo un rato indagando entre los asistentes y la posadera sobre lo que acababa de ocurrir y finalmente se dirigió a esta última y dejando una bolsa llena de escudos sobre el mostrador le dijo.

- Durante el tiempo que ese hombre permanezca aquí ocupará mis aposentos y cuando se marche le devolveréis los cuatro reales y su talego lleno de viandas para el camino y a mi me daréis la mejor de las demás estancias.

La posadera le escuchaba y al mismo tiempo tanteaba la bolsa de los escudos y debió llegar a la conclusión de que se trataba de una cantidad importante porque su rostro se iluminó como si hubiese visto una aparición divina.

- Vuesa merced no tiene que preocuparse por nada que sus deseos son órdenes para nosotros.

Y in más se dirigió a la cocina, de donde salieron dos mocetones que cogiendo a un caballero que dormía la mona sentado en una mesa con la cabeza entre los brazos y lo llevaron a un rincón depositándolo en el suelo y cubriéndolo con una manta. Acto seguido subieron al piso y momentos después bajaron con las pertenencias del caballero que depositaron junto a él.

- Vuestra nueva alcoba esta preparada, dijo la mujer.
- Señora yo no quiero que mañana cuando despierte el caballero mi reputación en esta Posada se vea afectada por esto, replicó el marqués.
- No se preocupe vuesa merced, por la mañana cuando se despierte le devolveré su dinero y le diré que como en ese estado no iba a ocupar la habitación no quise aprovecharme de ello.
- A fe mía que eres una mujer digna de mucha mejor suerte que la de consorte de un posadero, sentenció Satanás, y hasta puede que un día me ocupe de que cambie ese destino.

Y diciendo esto se retiró a su nuevo aposento.

Al día siguiente, bien avanzada la mañana, Rufo se despertó con una fuerte resaca y un buen dolor de cabeza. Su estado era tal que no se fijó en lo que le rodeaba, su única reacción fue echar mano a la entrepierna para comprobar si los dineros continuaban allí y bajar corriendo en busca del talego de las viandas.

Los dineros estaban en su sitio pero el talego había desaparecido, la posadera, cuando la sala se quedó vacía lo había visto en un rincón y lo llevó a los peregrinos para que aprovecharan su contenido.

Rufo bajó y preguntó a la posadera por su talego y esta le contó lo ocurrido alegando que cuando lo encontró nadie lo reclamó.

Al oír esto se puso de un humor de perros hasta tal punto que se le pasó la resaca y empezó a farfullar dando vueltas sobre sí mismo hasta que notó que alguien se fijaba

en el insistentemente con una sonrisa burlona en su rostro.

Era el marqués, que esta vez había tomado la apariencia de un caballero con pelo y barba blanca, muy entrado en años que tosía de vez en cuando para aparentar un delicado estado de salud, y que sentado en una mesa, con una sonrisa en sus labios, hizo un gesto como invitándole a que se sentara con él .

- Perdone vuesa merced pero no le veo la gracia,...Una caminata de seis leguas, una borrachera de aupa, una resaca de percherón, otras seis leguas hasta León y ni una sola vianda en la bolsa no son triunfos suficientes como para sentarse a jugar una partida con el estómago y el talego vacíos.

Esta disertación dejó perplejo al marqués, tal vez se hubiera equivocado al catalogar a Rufo como un necio, aunque en todo lo demás había acertado y volvió a sonreír porque esto hacía más atractiva la hazaña.

- Por favor buen hombre no interpretéis mal mi sonrisa, dijo Satanás, no trataba de ofenderos..., Sentaos conmigo y compartid mi desayuno como desagravio a la mala impresión que mi actitud os ha causado.

La primera intención de Rufo fue desestimar su oferta, pero su estómago era más fuerte que su orgullo y aceptó de buen grado la invitación, eso sí, aunque en abundancia desayunó despacio para aparentar que aceptaba la oferta por educación y no obligado por los retortijones de sus tripas.

Cuando hubo terminado con los huevos, el queso y el tocino, y hubo bebido hasta tres tazones de leche con sopas el marqués le preguntó por el motivo de su viaje a León, aunque por supuesto como Satanás ya lo sabía.

- Me llamo Rufino..., Bueno pero todos me llaman Rufo, y soy un campesino que cultiva unas tierras del señor Conde a seis leguas de aquí camino de Valladolid.

Tomó un respiro y examinó con un vistazo toda la sala como queriendo comprobar que nadie más estaba escuchando sus palabras. Luego su mirada se cruzó con la del marqués y pensó que un simple desayuno no era motivo suficiente para intimar con un desconocido y quedó en silencio.

- Sigue rufo, no temas descubrir tus secretos que si me interesa conocer tu historia es porque posiblemente hoy sea para ti ese día de suerte que todos tenemos en nuestra vida ya casi nadie sabe aprovechar.

- Vuesa merced me perdone, pero explicadme algo más porque mi mollera es muy pequeña como para alcanzar a adivinar vuestras intenciones.

-.Lamento no poder descubrir mis propósitos hasta hallar la persona adecuada, de ser así tendría miles de pretendientes a mi alrededor todos los días en busca de la diosa fortuna porque aquel que yo elija tendrá en ese momento la suerte que siempre soñó y nunca alcanzó.

Otro chiflado, pensó Rufo, pero la verdad es que hacia mucho tiempo que nadie le trataba así, a decir verdad nunca le trataron de esa manera y nada perdía con contarle un cuento a aquel viejo caballero que en fecha no muy lejana dejaría este mundo para siempre.

- Pues la verdad caballero es que poco hay que contar,...

- Eso Rufo la verdad, le interrumpió el marqués..., No quiero un cuento, dime lo que quieras de tu vida pero que sea verdad, recuerda que soy muy viejo y mi experiencia

me hace saber cuando una persona miente o dice la verdad.

Acostumbrado a otros modales Rufo echo en saco roto esas palabras y empezó con la historia que a él le hubiese gustado vivir pero que naturalmente no era la que había vivido.

El marqués escuchó con atención aquel relato porque aunque sabia que era falso le servía para conocer las ocultas ilusiones de Rufo. Entonces pensó que el aldeano era más cauto de lo que cabía esperar de él y cambió de estrategia seguramente daría más resultado una técnica de retirada estratégica para cebar al contrario en una emboscada.

- Bueno Rufo no quiero importunaros mas veo que ni mis deseos ni vuestra posible suerte os interesa para nada, me voy a dar un paseo para respirar aire menos contaminado que el de aquí adentro.

Y Dicho esto se levanto y tosiendo continuamente se dirigió a la puerta. Rufo se dio cuenta de que se había comportado como un perfecto patán y levantándose presto salió tras el marqués.

¡Esperad!..., Dejadme que os acompañe..., Yo también necesito aire fresco.

Caminaron un trecho juntos y en silencio hasta que Rufo se atrevió a decir.

- En verdad que me he comportado como un necio, pero la verdad es que la desconfianza nació conmigo y la practico hasta en mi propia casa.

Satanás comprendió que la estrategia había dado el resultado apetecido, pero no había que precipitarse y todavía no había llegado el momento de atacar de frente y continuó

con el rodeo.

- No tenéis porque disculparos ha sido culpa mía, me quedan tan pocos días de vida que con la prisa por resolver mis asuntos terrenales me olvido de los demás.

- No diga eso vuesa merced, seguramente venís de unas tierras con clima muy húmedo pero aquí esa tos se cura rápidamente con unos baños de pies con agua caliente y sal y aspirando vapores de eucaliptos y alcanfor, mi mujer sabe mucho de estas cosas.

- Sois muy amable preocupándoos por mí pero no es tan sencillo, esta tos la arrastro muchos años ya y no tiene cura, pero es que además mi corazón ya late de forma irregular y mis riñones filtran muy mal envenenando mi sangre continuamente.

- Los galenos me han aplicado ya tantas sanguijuelas para eliminar mi sangre envenenada que si estoy en esta Posada tan lejos de mi castillo es para huir de ellos antes de que me dejen sin una gota de ella.

- Pero no tenéis que preocuparos por ello, continuó con su estrategia, los viejos ya hemos tenido nuestra oportunidad y no tenemos derecho a que los jóvenes paguen por nuestros errores.

- La verdad caballero es que de esto último no he entendido ni una sola palabra, pero si quiero aclararos que mi comportamiento no ha sido leal y mi relato me lo he inventado..., En realidad yo....

Y a continuación Rufo relató con peros y señales toda la realidad de su insignificante historia. La victoria del marqués había sido completa ahora solo quedaba rematarla con la segunda fase.



- Te das cuenta que sencillo es decir la verdad, animó el marqués, con la verdad las palabras salen solas, cuando inventas tienes que pensar y titubeas al hablar y para un viejo con experiencia como yo es muy fácil notar la diferencia.
- En verdad Rufo que tu historia me ha dejado gratamente impresionado, pero en tu relato no me has dado ninguna pista para que pueda hacerme una idea de como es tu interior es decir tu alma.
- ¡Mi qué!, Respondió sorprendido Rufo.
- Tu alma
- Vuesa merced esta de guasa ¿No?, yo no tengo nada de eso.-
- ¡Qué inocencia!, Pues claro que tienes alma como todo el mundo.
- Que no, que no, señor marqués que yo no tengo alma, soy pobre y el canónigo de la Ermita lo dice bien claro cuando hable de los pobres, nuestras almas son de Dios y nos las dará cuando nuestros cuerpos abandonen este mundo.
- Cuanto candor hay en tus palabras Rufo, cuando el canónigo os habla así lo hace en sentido figurado, todos los hombres nacen con una alma que les acompaña hasta el fin de sus días.
- En verdad señor marqués que vuestra sabiduría es grande, pero en este punto no puedo estar de acuerdo con vuesa merced, yo no tengo alma y por no tener no tengo nada como propio porque sin las tierras que trabajo, que no son mías sino del señor Conde, nada de lo que hay en mi casa existiría, ni siquiera tendría una familia y hasta

es posible que no tuviera ni vida.

En aquel momento pasaron junto a un pastor que dormitaba bajo un árbol mientras sus ovejas pastaban en el campo.

- Mira Rufo, ...¿Ves a ese pastor?,... ¿Te parece un hombre rico?

- Si fuera rico no estaría cuidando ovejas, contestó Rufo.

- ¡Pues fijate bien!

Satanás recurrió entonces a sus diabólicos poderes y Rufo vio que junto al pastor una figura igual que él pero casi transparente permanecía de pie junto al árbol en actitud vigilante. Entonces cogiendo una piedra del suelo se la arrojó a una oveja que al acusar el impacto lanzó un balido.

Los poderes de Satanás siguieron actuando y Rufo observó como la figura erguida se metía en el cuerpo del pastor y este se despertó instantáneamente.

Lo ves Rufo hasta el mas pobre de los mortales tiene un alma que vela por él mientras no está consciente.

Rufo se frotó los ojos para volver a la realidad y mirando fijamente al marqués le dijo en tono sereno y pausado.

- Le creo señor marqués..., Me ha convencido, todos tienen un alma, y digo bien que todos la deben tener pero lo que he visto no sirve para mí porque cuando yo duermo no me despierta ni el balido de una oveja ni el de cien balando al mismo tiempo, ... Convéznase vuesa merced, ... Yo no tengo alma.

- No digo que yo no naciera con ella, pero de pequeño fui tan tremendo que si mis padres se aburrieron de mí y me echaron de casa, que no haría mi alma.

- Seguramente estaría harta de mis barrabasadas y se escondería en algún rincón cuando un buen día de madrugada cogí un atado con algunas viandas, lo puse en el extremo de un palo y con él al hombro me eché a los caminos.

- Desde entonces no he vuelto a saber más de ella..., Quizás sea por eso por lo que soy tan ceporro, apuntilló Rufo.

Duro de pelar, pensó para sí Satanás, pero cada vez estaba mas entusiasmado por la resistencia que el campesino estaba ofreciendo a sus continuos intentos de llevarlo a un terreno favorable a sus propósitos y esto le hacia sentirse a gusto para que la victoria final fuese más meritoria.

- Bueno señor marqués que ya es muy tarde y yo he desayunado hace poco pero vuesa merced tendrá hambre.

- La verdad es que tu compañía me distrae y mi cuerpo está acostumbrado a largos ayunos así que prefiero seguir disfrutando de tus relatos.

- No dudo que así sea, dijo Rufo, pero mis tripas son muy vulgares y a estas horas rugen como gorrinas aunque tan solo haga una hora que recibieron ración.

- Ya sé que no es de ley que un caballero acepte la invitación de un plebeyo, pero la posadera me devolvió los cuatro reales que le di y como los daba por perdidos no importa que vuelvan a sus manos a cambio de unas viandas.

- Razón tienes que no es de ley aceptar tu propuesta pero haremos cuenta que estamos

en tu casa y me has sentado a tu mesa que es cosa bien distinta y ningún caballero debe rechazar tal invitación..., Volvamos a la posada y pidamos a la posadera que nos sirva en vuestros aposentos así podremos seguir platicando sin el griterío del comedor.

Volviéron a la posada y ya en la estancia del torreón el Diablo volvió a la carga con una última embestida antes del ataque final.

- Tú Rufo ya me has desvelado todos tus secretos, ahora me toca a mí ponerte al corriente de los míos.

- Como queráis..., Pero vuesa merced juega con ventaja porque yo nunca he oído historia alguna de boca de un caballero y las pocas luces de mi sesera jamás podrán adivinar cuan de verdad haya en lo que me vais a contar..., Pero sea cual sea seguro que me va a gustar.

El marqués empezó a contar una leyenda de juventud llena de lisonjas, placeres y felicidad carnal desdeñando y arrollando todo lo que se interponía en sus propósitos con la única razón que le otorgaba su poder y sus caudales que con el paso de los años fueron mermando.

Rufo oía con atención el relato, pero su boca estaba ocupada en devorar toda la comida que la posadera depositó sobre el escritorio del torreón y cuando terminó se atrevió a intervenir.

- Y con toda esta historia tan agradable para vuesa merced ¿por qué abandonaste vuestras tierras para venir a dar con los huesos en esta humilde posada?

- ¡Hay hombre cándido!, Suspiro el marqués..., Los años no perdonan y cuando mis encantos de juventud se esfumaron y mermaron mis caudales me encontré sin familia

sin amigos y sin placeres ni amoríos.

Después de esta conclusión Satanás se tomó un receso para estudiar la reacción de Rufo y preparar el siguiente asalto en su estrategia, pero Rufo parecía una estatua tallada en pura roca que aparte de su avidez mientras comía no realizó al más mínimo síntoma en su rostro que mostrara el efecto que el relato estaba causando en su ánimo, si es que estaba causando alguno.

- Parece como si no me estuvieras escuchando Rufo, increpó con talante algo molesto el marqués.

- No os enfadéis señor que no es eso, es que mi cuerpo con la panza llena se paraliza por completo y yo la he atiborrado dos veces en menos de dos horas.

- Pero no se preocupe vuesa merced que aunque mi cuerpo esté dormido mi mollera, aunque torpe, esta despierta y mis oídos prestos para escucharos.

Satanás comprendió que dijera lo que dijera la mente de aquel palurdo solo iba a reaccionar cuando oyera algo que realmente le interesase y decidió cortar por lo sano y atacar de frente.

- Para no cansaros mas termino mi relato diciendo que cuando me vi en la más triste de las soledades sin poder y sin caudales decidí vender mis dominios a un Noble vecino y marchar lo más lejos que pudiera en busca de un lugar humilde donde pasar el resto de mi existencia para purgar mi licenciosa vida.

- Pero me he dado cuenta, continuó, que vaya donde vaya la codicia y la maldad anida en los corazones de todas las gentes y ya había desistido de seguir buscando y me había hecho la idea de terminar mis días en esta posada cuando apareciste tú,

Rufo, con tu noble humanidad sin vicios ni ambiciones.

- Bueno, bueno señor marqués..., La humanidad esa no sé lo que es, pero si vos decís que la tengo os creo, pero vicios y ambiciones claro que tengo como todo el mundo, tengo el vicio de comer tanto como mi panza pueda aguantar sin reventar..., Y ambiciones....

Paró un momento y mirando al cielo continuó.

- Toda mi vida llevo soñando con poder tener un buen percheron con una hermosa carreta para bajar al pueblo y que le gente me mire con respeto, también sueño con un poderoso mulo y un buen jumento para las tareas del campo, y un buen granero repleto de las mejores semillas de todas las clases de cereales, legumbres y hortalizas.

- Y por fin todas las noches sueños con tener unos reales de sobra para que mis hijos puedan bajar al pueblo con ropa nueva a rondar a las mozas y que mi mujer pueda acompañarme sin tener que cubrir sus harapos con un mantón....

- Siento defraudaros señor, pero yo también tengo vicios y ambiciones.

El rostro del marqués se iluminó de forma radiante, por fin el palurdo campesino le había mostrado su punto flaco y se sintió feliz por dos motivos, la batalla había sido muy dura, pero había merecido la pena porque ahora ya puede decidirse a un ataque frontal con resultado victorioso.

Por otra parte su triunfo iba a resultar completo porque la aventura estaba resultando totalmente distinta a todas las vividas hasta entonces.

- ¡Por todos los diablos del Infierno! A eso llamáis vicios y ambiciones!

- Cómo se nota que tenéis un corazón tan grande como un castillo.

- Eso solo son las justas aspiraciones de un hombre de bien, Rufo, y en cuanto a vuestro pecadito de gula queda compensado por las virtuosas acciones de las que hacéis gala todos los días..., Pero ya es muy tarde y es bueno que descansemos después de un día tan ameno, ya continuaremos platicando en otro momento.

Y dicho esto Satanás se retiró rápidamente del torreón y salió a campo abierto donde durante largo rato se dedicó a bailar la danza de los infiernos para celebrar la inminente victoria que estaba a punto de conseguir.

Cuando a la mañana siguiente Rufo bajó al comedor no encontró al marqués pero la posadera le acomodó en una mesa, le sirvió un opíparo desayuno y depositó cuatro reales sobre ella.

La mollera del pobre Rufo no alcanzaba a comprender nada pero si había algo en la vida a lo que él no hacía ascos ni preguntas era a los dineros y a una buena comida regalada. Después se dedicó a dar un paseo por el campo para matar el tiempo antes de que sus ruidosas tripas volvieran a exigirle pitanza.

Después de comer salió a dar un paseo y se tumbó bajo un árbol recostado sobre el tronco y durmió una buena siesta, cuando se despertó volvió a la Posada y echó una ojeada a las caballerizas pero no vio el caballo del señor marqués, en cambio si advirtió una gran carreta cargada de sacos hasta los topes y al lado un percheron, una mula y un burro comían paja del suelo y se quedó largo rato observando aquella bella estampa.

¡Qué injusta es la vida!, Pensó, no le basta con que pases hambre sino que además te pasa por las narices la abundante comida que tú jamás podrás probar; después salió de allí y se dirigió al comedor y preguntó por el señor marqués, pero nadie supo darle

razón. La posadera le dijo que le vio salir muy temprano a caballo por el camino de León y todavía no había vuelto.

No es que Rufo fuese un hombre de sentimientos pero en esta ocasión le preocupaba que fuese él el motivo de la ausencia del caballero por no tener los suficientes modales, pues parecióle que el día anterior en algunos momentos se había sentido molesto por su falta de entendimiento en la conversación.

Le preocupaba la obstinación del señor marqués en demostrar que él tenía un alma y sobre todo el hecho de que no había logrado convencerle de que no era así, que él no tenía alma ni la había tenido nunca.

Se prometió a sí mismo que si volvía a verlo le diría que ahora se acordaba que sí, que efectivamente la tenía pero que como nunca la había usado ya ni se acordaba.

En estos pensamientos estaba cuando se abrió la puerta y apareció el marqués empapado hasta los huesos porque momentos antes se había desatado una tormenta y estaba lloviendo a mares. El semblante de Rufo se transformó y dibujó una sonrisa de oreja a oreja, quiso decir algo pero no encontró palabras.

El marqués se adelantó y dirigiéndose a la posadera le dijo.

- Preparadme un buen baño de agua caliente y bajad de mi aposento ropa seca y un paño para secarme, y volviéndose a Rufo continuó, y vos buen amigo subid al torreón y esperadme allí, diré que nos suban la cena porque tenemos muchos asuntos que tratar, traigo muchas buenas nuevas.

Y diciendo esto desapareció tras la puerta de la cocina.



Rufo se levantó y dirigiéndose a la posadera le dijo.

- Dejadme que por lo menos sea yo el que pague en esta ocasión.

Y dejando los cuatro reales sobre el mostrador de la cocina se dirigió al torreón donde, nervioso por conocer las buenas noticias y tranquilo por saber que el marqués no estaba enojado con él, espero a que éste terminara de recomponerse.

Pasó algo más de una hora que a Rufo le pareció una eternidad cuando llamaron a la puerta y entró la posadera con la cena y tras ella el caballero ya repuesto de la mojadura.

- Bueno amigo mío, aquí estoy de nuevo, decidid pues si empezamos a platicar o damos buena cuenta de la cena.

- Mire vuesa merced que mi impaciencia es grande por escuchar vuestras palabras pero lo primero es lo primero y como comer y hablar al mismo tiempo es cosa que no debe hacerse ante damas y caballeros cenemos que con la panza llena se digieren mejor las buenas nuevas.

Esta vez Rufo no se entretuvo en comer de forma pausada para agradar al caballero y en pocos minutos dio buena cuenta de la cena y sin advertir siquiera si el marqués había terminado dijo.

- Bueno señor marques cuando gustéis podéis empezar con vuestro relato.

- Pues bien Rufo he pensado mucho en tu ofrecimiento y he llegado a la conclusión de que en tu persona se reúnen todas las condiciones que he estado buscando todo este tiempo y he decidido pasar el resto de mis días en tu compañía y la de tu familia.

- No te preocupes que no importunaré lo mas mínimo y estoy seguro de que ni siquiera notareis mi presencia ya que no pienso alterar de ninguna forma vuestros quehaceres cotidianos y además os recompensaré espléndidamente.

Rufo se quedó pensativo y por mas vueltas que le dio a su mollera no conseguía recordar en que momento le hizo tal ofrecimiento al señor marqués pero si él lo decía de forma tan rotunda es por que así habría sido aunque no lo recordase.

- Me alegro mucho de que hayáis tomado esa decisión pero hay un punto que no dije en su momento y es que en las cosas de la casa es Rosa la que lleva el bastón de mando, pero estad tranquilo que sabiendo que es de mi agrado lo aceptará de buen gusto.

- Otra cosa señor marqués, mientras preparemos un acomodo para vos en nuestra casa dormiréis en la Ermita con al canónigo que es hombre de bien y tiene sitio de sobra.

A Satanás le dio un sobresalto al oír esto último pero enseguida reaccionó porque una vez que hubiese conseguido el alma de aquel patán volvería a los Infiernos a descansar una larga temporada disfrutando de su hazaña. Y Mientras recapacitaba sobre ello Rufo continuó.

- Pero quiero que sepáis que no estáis obligado a ninguna recompensa por ello que no significa ningún sacrificio para nosotros teneros en nuestra casa ya que sois de poco apetito y donde comen cuatro bien pueden comer cinco.

Por fin Satanás tenía ya acorralado al campesino y lanzó su ofensiva final.

- Comprendo tus sentimientos mi buen amigo pero no sería yo un caballero si habiendo cumplido mis ambiciones dejara sin que cumplas las tuyas pudiendo

hacerlo con lo que a mí me sobra.

- Hagamos un trato justo, continuó Satanás, os vendo la carreta que habréis visto en el cobertizo y todo su contenido además de los animales y estas cuatro bolsas de dinero por la cantidad que me queráis ofrecer.

- Sabéis señor que no poseo caudales para comprar todo eso.

- Está bien pues ofrecedme alguna prenda.

- A fe mía que sois caballero pero tan tozudo o más que yo..., Decidme a donde queréis llegar porque sabéis perfectamente que no tengo nada que os interese.

- Razón tenéis, pero yo quiero que esto sea un trato legal y para ello tenéis que poner algo de vuestra parte y ya que no tenéis nada para ofrecer podemos poner en el contrato algo que no tengáis pero que todo el mundo piensa que tenéis.

- Ahora sí que no os entiendo en absoluto, entre lo duro que soy de sesera y el tinglado de palabras que habéis montado me he quedado en blanco.

- Veréis buen amigo vos insistís en que no tenéis alma pero todo el mundo piensa que sí, pues ponemos en el contrato vuestra alma como contrapartida y para todo el mundo será un documento legal y vos no habréis perdido nada ya que ofrecéis algo que no tenéis.

- Verdaderamente vuestra formación de caballero y la experiencia de vuestros años os han dado una sabiduría tal que me habéis convencido.

Satanás no cabía de regocijo en su interior y además la impresionante tormenta del exterior parecía que con sus rayos y truenos celebraba su victoria, y sacando un papel

de su jubón lo puso encima del escritorio y cogiendo una pluma de gallo empapada en tinta roja dijo.

- Como supongo que no sabes escribir deja que guíe yo tu mano y ponga tu nombre al pie de este documento y todo lo que has visto abajo, esta bolsa de ducados de oro y estas otras tres de reales serán de tu propiedad legalmente.

Y mientras Satanás iba deslizando la torpe mano de Rufo sobre el papel este dijo miró hacia el techo de la estancia mientras decía.

- Os digo de corazón que vuestra sabiduría demuestra la experiencia de toda una eternidad pero yo en mi humilde condición en estos días os he ido conociendo poco a poco y por fin os he descubierto, ... ¡Sois el mismísimo Diablo!.

Esta frase la dijo Rufo sin ninguna intención y en un tono cariñoso como queriendo elevar al máximo el talento del señor marqués, pero Satanás la interpreto de modo distinto y sintiéndose descubierto soltó la mano del campesino sin que hubiese terminado de escribir su nombre y lanzado un terrible bramido, que se confundió con un trueno y relámpago simultáneo de la tormenta, desapareció envuelto en una gran columna de fuego.

Las llamas prendieron rápidamente en la estancia y mientras Rufo trataba torpemente de apagarlas el fuego y el humo se hacían cada vez más intensos, así que decidió salir corriendo.

Una vez fuera recordó las bolsas del dinero y volvió presto a la habitación en la que no se veía absolutamente nada pero a tientas llegó hasta el escritorio y recuperó las cuatro bolsas guardándolas en los bolsillos de sus calzones.

Cuando salió al exterior medio tiznado por el humo todos corrieron hacia él para interesarse por la suerte del marqués. Fue en ese momento cuando Rufo se dio cuenta

de lo ocurrido y pensó que había sido un rayo el que lo había fulminado y prendido fuego al torreón.

Durante toda la noche intentaron dominar el fuego sin conseguirlo pero la torrencial lluvia impidió que éste destruyera totalmente la posada y ni siquiera afectó al exterior del torreón.

A la mañana siguiente comprobaron que en el interior del mismo desde el suelo hasta el techo, incluida la escalera, se había consumido todo y a nadie le extraño no encontrar ni rastro del marqués, pensaron que sus cenizas estarían mezcladas con las del resto de las maderas y objetos calcinados.

Sin apenas descansar Rufo salió a pasear bajo la lluvia que había amainado y poco después cesado dejando paso a un espléndido cielo azul y regresó a la posada empapado pero tan hambriento que sin preocuparse por sus ropas mojadas se sentó en una mesa para dar cuenta del almuerzo que la posadera dejó sobre ella junto con los cuatro reales y se sentó a su lado.

Mientras Rufo daba buena cuenta de la pitanza la posadera le dijo que extrañamente todas las pertenencias del marqués habían desaparecido como por arte de magia incluido su cabalgadura. Entonces el corazón de Rufo dio tal sobresalto que casi se para y echo rápidamente mano a sus bolsillos, pero se tranquilizó al comprobar que las bolsas seguían en su sitio.

- Seguramente al saber de su muerte algunos menesterosos sin escrúpulos habrán dado buena cuenta de todo mientras nosotros tratábamos de apagar las llamas en el Torreón añadió la posadera.

Entonces se acordó de la carreta y los animales y se estremeció pensando en que

también pudieran habérselos llevado, pero en esos momentos entró el carretero en la estancia y dirigiéndose a él dijo.

- Supongo que sois Rufo..., Pues bien en el establo están la carreta y los animales que el marqués compró en la Feria para usted, si no manda nada mas me vuelvo para León con unos peregrinos que parten hacia allí.

Y extendió la mano no se sabe bien si con ánimo de despedirse o esperando alguna propina. Rufo miro en esos momentos a los cuatro reales de ida y vuelta entre la mesa y el mostrador y pensó que ya era hora de deshacerse de ellos de una vez por todas.

- Tomad buen hombre para que se os haga mas corto el camino de vuelta.

A la mañana siguiente Rufo aparejó el percherón a la carreta y a la mula y al burro los ató a la parte trasera y se despidió de la posadera a la que quiso agradecer con algunos reales las atenciones recibidas en la posada.

- Aunque pasaseis aquí el resto de vuestros días no tendríais que pagar ni un real, el señor marques dejó en depósito suficiente oro para ello..., Id con Dios buen hombre y en mi posada seréis siempre bien recibido tanto vos como vuestra familia pues vuestra presencia me ha traído mucha suerte aunque se haya quemado el torreón.

Ya lejos de la Posada cuando Rufo se aseguró que nadie podía verle sacó las bolsas de sus calzones y se puso a contar los dineros.

Sus matemáticas no alcanzaban para mucho pero en tres bolsas había tantos reales como diez veces los dedos de sus manos y en la de los ducados la mitad, o sea que de la noche a la mañana se había convertido en el hombre mas acaudalado de la aldea y hasta podría si quisiera comprarle las tierras al señor Conde.

Pero pensó que mientras pagara los tributos al conde podía considerar las tierras

como suyas. A continuación abrió algunos sacos y comprobó otros con el tacto llegando a la conclusión de que el marqués había comprado toda clase de semillas.

Su cuerpo era muy pequeño para albergar tanta felicidad y su único pensamiento era como explicar a su familia lo ocurrido pues la realidad no la iban a creer nunca y mucho menos cuando les dijera que nunca estuvo en la Feria y comprobaran que en la entrepierna de sus calzas todavía estaban los reales que Rosa le había cosido.

En las profundidades del infierno Satanás maldecía una y otra vez su mala suerte al haber sido derrotado por un patán y sobre todo no acertaba a adivinar que fallo había cometido para ser descubierto.

Pero de vez en cuando se consolaba por que a pesar que nadie relacionó los hechos de la posada como obra del Príncipe de las Tinieblas y de que pese a que en su fachada siguió rezando el cartel de "**LA POSADA DORADA**", a partir de entonces y aun hoy cuando algún caminante observa sus ruinas, el torreón y las pocas piedras que quedan en pie, siempre recuerda que aquello fue:

**"LA POSADA DEL DIABLO"**